

Juan Francisco Romero Martínez

Jesús del Consuelo

Es la tarde de un día cualquiera, perdido en un mes lejano a la querida cuaresma. El templo está en silencio. Afuera el ruido de bocinas y motores recuerdan las carreras normales de una tarde de trabajo. Pero no es una tarde cualquiera. Estoy triste, una pena parte mi corazón y necesito compartirla con un amigo, con alguien que me conozca, con alguien que me quiera.

Y Él allí esta. Como buen amigo no necesito del protocolo para avisar de mi llegada. Pareciera que me esperaba. De hecho es así. Sabe que voy a llegar, sabe lo que siento y lo que pienso. Lo sabe todo, pues Él es todo.

Y como pasa con los buenos amigos, no necesitamos de palabras, no necesito de antecedentes y explicaciones. Basta una mirada. Basta verlo, basta sentirlo. Súbitamente me olvido del entorno, me olvido de los problemas, las dudas, los enemigos, los ruidos, el mundo.

Somos Él y yo. No necesito hablarle. No necesito decirle que una daga de dolor parte mi corazón. No necesito decirle que me falta fuerza, que me falta convicción... que me falta fe. Sin ninguna presentación o saludo previo, apenas alcanzo a cuestionarle ¿Qué pasó Señor? Una mezcla de dolor, rabia e impotencia se apodera de mí. Llora, bajo la cabeza, cuestiono, pregunto, acuso.

¿Y Él que hace? Nada. Alzo la vista y esos hermosos ojos me siguen viendo fijamente. No dice nada y lo dice todo. No responde mis dudas ni evade mi enojo, enjuaga mis lágrimas, las hace tuyas, no le quita peso a mi cruz, la toma y convirtiéndose en el mejor Cirineo, toma la cruz por mí y la lleva. No me explica nada, no tiene por que hacerlo ni yo entendería.

Simplemente me levanta, me hace sentir que me ama, que me quiere, que dio su vida por mi y que ahora está conmigo. A cada momento y en cada instante. Que sufre por mí y no me quiere ver así. Que mi dolor, al igual que mis pecados, merecieron el precio más alto jamás imaginado: la vida de Dios mismo.

Soy yo Jesús del Consuelo, mi alma indigna del cielo otra vez te suplica perdón. Te dice que me duele, que me cuesta mucho, que me siento sólo. Soy yo Jesús Del Consuelo quien necesitado acude a tu fuente eterna de paz y bendición. Te imploro que tu velo me cubra para disipar la angustia y la opresión, y que me nutra el viviente arroyuelo de tu corazón

Me doy cuenta que busco tu amor fraternal sin paralelo, como lo haría Fray Miguel en esas largas y envidiables noches de diálogo contigo. Quiero que desaparezcan las horas de duelo y quiero que mi alma se vuelva feliz oblación. Deja pues Jesús del Consuelo que se cumpla esta humilde ambición. Entiendo que no se trata de un nombre, es una sensación, es una convicción, es una forma de vivir, de sentir, de amar, es una mirada de Consuelo.

No es una tarde cualquiera, es una tarde con su mirada, su presencia, su rostro, con su amor, con su Consuelo. Es una tarde donde sin decirme nada, lo dice todo. Es una tarde que sin hacer nada, lo hace todo. Es una tarde donde me recuerda que está siempre allí. Esperándome, tomado fuerte la cruz por mi, porque le duele tanto a mi como a Él, porque me necesita tanto como yo a él porque me ama más que yo a Él.

Es una tarde de amigos, entre un cucurucho y su Nazareno, entre un Padre y su hijo. Es una tarde de amor. No, no es una tarde cualquiera. Es una tarde donde salgo convencido que se cumplirá su deseo. Reinarás en mi alma al confesar en ti yo creo. Es una tarde donde olvide mis tristezas, mis problemas, mi dolor; lo olvidé todo al ver su dulce faz enternecida. Es una tarde con Jesús del Consuelo.

UN RECOLECTO

Con cariño para Don Francisco, que está con Jesús del Consuelo Guatemala 2007.